

Anunciar a Jesús crucificado hoy. Apartado II

Pedro Pablo Zamora Andrade, CSsR

1. Introducción¹

En el texto anterior (*Anunciar a Jesús crucificado hoy. Apartado I*), hicimos una presentación de las posibles causas que llevaron a Jesús de Nazaret a la muerte por crucifixión. El objetivo del presente escrito es ofrecer las interpretaciones que, tanto la Escritura (Nuevo Testamento) como la reflexión teológica han hecho de la muerte del profeta de Galilea. Es un abanico amplio, que nos permitirá tomar los elementos que consideremos convenientes para nuestra predicación según el contexto socio-cultural y religioso en el cual nos encontremos.

La muerte de Jesús constituyó un verdadero choque para sus seguidores. Fue escándalo que puso a prueba la confianza y la esperanza que habían depositado en aquel hombre de Dios, en su mensaje, en sus promesas. Un hombre que termina crucificado no puede tener razón; no puede tener el favor de Dios; es un “maldito” según la Ley (Dt 21,23; Gal 3,13). Como consecuencia, la condena y la muerte de Jesús provocó en sus seguidores la dispersión, la fuga de la comunidad, el regreso a su vida anterior al seguimiento. La escena de los discípulos de Emaús refleja bien las reacciones que provocó en los discípulos la muerte de Jesús (Lc 24,19-24). La confianza en aquel hombre, la fe en su mensaje, la esperanza en el cumplimiento de sus promesas, la permanencia de la comunidad... sólo pueden seguir adelante si sus discípulos logran alguna explicación satisfactoria a aquel final infamante y escandaloso de su maestro. ¿Tenía algo que ver aquella muerte con la vida anterior de Jesús? ¿Fue simplemente el resultado de una voluntad o un designio positivo de Dios? ¿Es suficiente una explicación histórica o hay que adentrarse en una interpretación de fe?

La experiencia pascual activó la búsqueda de esa explicación y la esperanza de encontrarla. Se trató de una experiencia intensa que fue prendiendo muy pronto entre los hombres y mujeres que habían seguido a Jesús hasta Jerusalén y el Gólgota. Es una experiencia difícil de definir para ellos y más difícil de interpretar para sus seguidores. Pero, en todo caso, se refiere a un hecho para ellos y ellas incontestable: Jesús está vivo y se les ha aparecido. Lo han experimentado a medida que se han vuelto hacia él. La comunidad de los seguidores lo formuló así: “Al Crucificado Dios lo ha resucitado”. Esta experiencia no eliminaba el escándalo de la cruz. Pero sí animaba a los discípulos a buscarle una explicación y les daba seguridad de encontrarla. El Nuevo Testamento es el sumario de las primeras interpretaciones sobre la vida, muerte y resurrección de Jesús.

¹ Cfr. Felicísimo MARTÍNEZ DÍEZ. *Creer en Jesucristo. Vivir en cristiano. Cristología y seguimiento*. Verbo Divino: Estella, 2005, 380-382.

La interpretación de la muerte de Jesús abarcó dos aspectos distintos y complementarios.

En primer lugar, era necesario encontrarle un “sentido”, para deshacer el escándalo de la cruz, para situarla dentro de la “lógica” de los planes de Dios. Las razones de ese hecho tan escandaloso tienen que estar escondidas en Dios. Los seres humanos necesitamos encontrar sentido a la cruz y esperamos que lo tenga, aunque sólo sea en Dios. No se trataba de satisfacer una curiosidad intelectual, sino de colocar en la perspectiva de Dios el final escandaloso e infamante de aquel que se había dirigido a Dios como “Abbá” (Padre querido, papito). El problema del sentido no es el final de la fe, pero no es ajeno a la fe.

El Nuevo Testamento insiste más en el significado de la pasión y muerte de Jesús que en el relato cuidadoso de los hechos: revelación de la gloria de Dios (Juan), cumplimiento del plan salvífico de Dios (Lucas), redención y reconciliación (Pablo)... El propósito del relato de Marcos es catequético-parenético (Hemos de seguir a Jesús por el camino de la cruz). El de Mateo es cristológico-eclesiástico (Jesús es el Justo inocente, el Mesías rechazado por Israel y fundador del nuevo pueblo mesiánico). El de Lucas es histórico-salvífico (Jesús es el Salvador según el plan de Dios). El de Juan es teológico-espiritual (Jesús es la revelación de Dios).

Y, en segundo lugar, era necesario indagar si la muerte de Jesús tenía algún valor salvífico y en qué medida para la humanidad. Es el paso de la cruz como escándalo a la cruz como salvación, del por qué muere Jesús al para qué muere.

Ambas cuestiones son distintas. De hecho, algunas interpretaciones que encontraban sentido a la muerte de Jesús no le otorgaban ninguna virtud salvífica. Sin embargo, son cuestiones muy cercanas entre sí. El proceso de fe condujo a unas interpretaciones eminentemente salvíficas o soteriológicas de la pasión y muerte de Jesús.

La interpretación de la muerte de Jesús no fue tarea fácil para la comunidad cristiana. De hecho las interpretaciones no tuvieron lugar inmediatamente después de los acontecimientos; se fueron elaborando lentamente. La comunidad cristiana tuvo que apelar a todos los recursos a su alcance: a las categorías religiosas tomadas del contexto religioso-cultural judío, al que pertenecen Jesús y sus primeros seguidores y seguidoras; a los recuerdos vivos –dichos y hechos– del Jesús terreno; a las palabras y los gestos de la cena de despedida. Sin embargo, la fe pascual llevó la interpretación más allá de todas las categorías procedentes del pasado. Si la persona de Jesús desbordó el significado de todos los títulos heredados del pasado, su pasión, muerte y resurrección rompieron todos los moldes de religión judía y de todas las religiones.

2. Interpretaciones de la muerte de Jesús según el Nuevo Testamento²

Con leves diferencias en la denominación y en la explicación, la mayoría de los autores defienden que en las comunidades cristianas del Nuevo Testamento aparecen ya cuatro interpretaciones básicas de la muerte de Jesús: 1) es la muerte del profeta-mártir; 2) es la muerte que responde al plan divino de salvación; 3) es la muerte expiatoria del siervo sufriente y, 4) es la muerte como testimonio de amor. Hagamos una descripción rápida de cada una de ellas.

3.1. La muerte del profeta-mártir

Esta concepción es probablemente la más antigua. Surge en un contexto de polémica con los judíos. Esta interpretación está dentro de una tradición muy amplia, que abre perspectivas más profundas: el martirio del profeta enviado por Dios y el rechazo de su mensaje. No son pocos los pasajes de la escritura en los que Jesús se arroga (Mc 6,4; Jn 4,44) o le aplican el título de profeta (Mc 8,28). Además, abarca una tradición que proviene del Antiguo Testamento y que afirma que Jerusalén (Mt 23,37; Lc 13,34-35) e Israel, en general, mata o persigue a sus profetas (Mt 5,11-12). En vez de escuchar su voz y obedecerla, prefieren acallarla y, luego, les edifican monumentos y los adornan de manera incomprensible (Mt 23,29-36; Lc 11,47-51). Las raíces de esta interpretación las encontramos en el Antiguo Testamento. Según el libro de Nehemías todos los profetas de la época (anteriores al exilio) murieron de muerte violenta: “mataron a los profetas que les conjuraban a convertirse a ti” (9,26). En el caso de Jesús, la apreciación de las autoridades religiosas judías y de algunos sectores del pueblo son contradictorias: mientras los primeros ven en Jesús al “adversario”, a un falso profeta, que seduce al pueblo y lo lleva a la apostasía, los discípulos y la gente sencilla consideraron a Jesús como un gran profeta.³

En esta interpretación se percibe un contraste entre la ejecución de Jesús por los dirigentes del pueblo y la acción glorificadora por parte de Dios. Esta interpretación aparece principalmente en Lucas (24,19: “fue un profeta poderoso en obras y palabras”) y en Hechos (2,22-24: “hombre acreditado por Dios ante ustedes con milagros, prodigios y signos”). El profeta tenía que acreditarse ante el pueblo con signos visibles para probar que su misión provenía de Dios. En esta interpretación se pone el acento exclusivamente en la acción de Dios, manifestada en la exaltación de Jesús: Dios se declara partidario del profeta rechazado. En esta corriente de tradición no se concede valor salvífico a la muerte de Jesús en cuanto tal, pero se resalta la dimensión que tiene como fidelidad a Dios y

² Cfr. Edward SCHILLEBEECKX. *Jesús, la historia de un viviente*, 249-268.

³ Que los discípulos y la gente de su tiempo compararon a Jesús con un profeta es algo evidente. Su forma de actuar y de predicar se parecía a los profetas (Lc 7,16 24,19; Jn 4,19; 6,14; 7,40). Pero, al mismo tiempo, Jesús tiene comportamientos que desconciertan y escandalizan por no ser propios de un profeta. Por ejemplo, no hubo profeta hebreo que no acreditara sus credenciales de “hombre de Dios” con la rigurosa austeridad de costumbres. Lo cual, por lo demás, tampoco ha cambiado desde entonces: el ascetismo es la condición que toda sociedad exige de sus modelos religiosos. El reproche más común dirigido a Jesús, en cambio, es el de ser “comilón y bebedor” sin hacerse problemas (Mt 11,19); y, por añadidura, para más escándalo, en compañía de gente de dudosa moral, de pecadores públicos (Mc 2,16). Además, no guarda el sábadó. En el debate que suscita la curación del hombre ciego de nacimiento en Jerusalén, el ciego curado responde a los fariseos que le piden qué es lo que opina sobre Jesús: “Que es un profeta” (Jn 9,17).

testimonio para la comunidad cristiana. El profeta-Jesús muere por ser fiel a Dios, al proyecto del reino y, por eso, mismo, se convierte en modelo ejemplar (paradigma) para los cristianos que tendrán que padecer la persecución y la muerte a manos de judíos y romanos, respectivamente.

Para esta interpretación, Jesús es el profeta escatológico que anuncia y exhorta a la conversión como última oportunidad de Israel. Jesús, precisamente por ser el último profeta, sucumbe víctima de la apostasía de Israel, según la tradición del “asesinato de los profetas”: el auténtico enviado, debido a su actitud crítica y de denuncia, es ajusticiado como falso profeta y seductor del pueblo. La muerte de Jesús como asesinato de un profeta pone en relación este hecho con su vida anterior y no como un hecho fortuito o un accidente.

La muerte de Jesús es consecuencia de su vida. Jesús murió como murió porque vivió como vivió. Quien se rebelde contra el orden establecido, quien se atreva a desafiar las estructuras de pecado que ha construido el pecado del mundo, sufrirá las consecuencias. Nadie puede tratar de cambiar el mundo, de mejorarlo, de manera impune. Los que están en lo más alto de la pirámide social o religiosa se opondrán y harán lo que sea posible para que las cosas sigan igual, como están. Sin embargo, no es una muerte inútil porque se convierte en signo de fidelidad a Dios, a su proyecto del reino, y de testimonio para sus seguidores.

3.2. La muerte prevista en el plan divino de salvación

Este bloque de tradición interpreta la muerte de Jesús a partir de la Escritura como un plan salvífico de Dios. La muerte de Jesús no aparece como algo accidental, inesperado o fruto del azar. Los términos típicos de esta tradición son: “según las escrituras” (1Co 15,3), “para que se cumplieran la Escritura” (Jn 19,24.28; 36-37), “para que se cumpliera lo dicho por el profeta” (Mt 27,9). La muerte de Jesús estaba calculada aún en sus más pequeños detalles. Según este modelo de interpretación, la Escritura permite descubrir la voluntad de Dios sobre el destino de Jesús. Esta interpretación del Antiguo Testamento es la que dará origen a la lectura alegórica en la comunidad cristiana; textos proféticos o salmos son leídos en clave cristológica.

Esta interpretación tiene su origen en las comunidades de Palestina; su contexto es la catequesis intra-ecclesial. La comunidad cristiana tiene que justificarse ante sí misma y ante la Escritura. La muerte de Jesús no aparece como una “maldición divina” (Dt 21,23: “Maldito todo el que está colgado de un madero”), sino como un hecho decretado por el mismo Dios. El relato de Emaús reproduce con exactitud el tono de este bloque de tradición: “¿No era necesario que el Mesías padeciera eso y entrara así en su gloria?”. Y empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las escrituras (Lc 24,26-27).

En ningún texto se habla de la pasión y muerte de Jesús como de un suceso atroz y absurdo, incomprensible y casi impío. Sin embargo, tampoco aparece ninguna motivación

soteriológica de la misma. Los seres humanos no aparecen como los destinatarios o beneficiarios de la muerte de Jesús, sino como aquellos en cuyas manos es entregado el Hijo de Dios. En algunos textos se habla de “Ser entregado en manos de los hombres” (Mc 9,31) y en otros de “ser entregado en manos de los pecadores” (Mc 14,41; Lc 24,7). La pasión y la muerte de Jesús aparecen como un acontecimiento querido por Dios.

Además es significativo que todas las referencias bíblicas de esta tradición dicen relación con el justo perseguido (Mc 15,34; Mt 27,46; Lc 23,34; Jn 19,24), pero que se sabe en manos de Dios. En conclusión: la pasión y la muerte de Jesús se interpretan como un hecho que Dios mismo puso en movimiento y en el que es perceptible la acción divina.

Sin embargo, esta interpretación suscita preguntas: ¿Cómo puede Dios querer el sufrimiento del inocente? ¿No implica esto hacer a Dios responsable o al menos cómplice de una injusticia? Según algunos autores, que los sufrimientos de Jesús formen parte de los planes de Dios no significa “que Dios se goce en ellos, sino en el sentido de que forman parte de su Justicia y su fidelidad. Por eso, como recompensa, el justo doliente sabe que será liberado por Dios, que será glorificado”.⁴ Además, a ningún lector con un poco de perspicacia le es indiferente el marcado determinismo histórico que lastra esta interpretación y que, en definitiva, deja poco espacio a la libertad de Jesús frente al desarrollo final de su vida.

La muerte de Jesús es consecuencia de un designio divino. Dios diseñó un plan para salvar al ser humano de la esclavitud del pecado y de la muerte. Ese plan divino contemplaba la muerte de su Hijo en la cruz. ¿La creatividad de Dios terminó cerrándose en una única posibilidad? ¿No habría otra manera de salvar a la humanidad? Seguramente que sí, pero Dios –por razones para nosotros desconocidas– escogió la más dolorosa (o “la más amorosa”, dice san Alfonso).

3.3. Muerte expiatoria

Este esquema soteriológico se refiere a unos bloques de tradición que interpretan la muerte de Jesús en relación con el pecado del mundo. Esa situación negativa en la que el ser humano está preso es la que hay que expiar, la que hay que perdonar. La misma encarnación es colocada en esta perspectiva: “El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10) o “No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores” (Mc 2,17). La parábola de la oveja perdida muestra la solicitud de Jesús por los pecadores (Lc 15,3-6). Jesús ha venido a dar su vida como “rescate por muchos” (Mc 10,45).

Esta interpretación se reconoce por el empleo de la fórmula $\upsilon\pi\epsilon\rho$ (por) y la expresión más frecuente es “muerto por nosotros” (Rm 5,8; 8,32; Ef 5,2; 1Pe 2,21; Mc 10,45; 14,24) o “muerto por nuestros pecados” (Rm 4,25; Gal 1,4; 1Co 15,3), por nuestros delitos. No es

⁴ Felicísimo MARTÍNEZ DÍEZ. *Crear en Jesucristo, vivir en cristiano*, 390.

una muerte accidental o sin sentido. En este contexto, la muerte de Jesús es vista en función de la humanidad: su muerte ha sido beneficiosa, a favor de... Su significado es claramente positivo.

Según algunos exegetas esta interpretación tiene a la base el texto de Isaías 53, donde se habla del “siervo de Yahvéh”. Para otros la afinidad es sólo de contenido. Desde luego, hay abundantes y sorprendentes paralelismos entre la figura del Siervo de Yahvéh en ese texto y la descripción neotestamentaria de la pasión y muerte de Jesús: “Eran nuestras dolencias las que él llevaba” (Is 53,4//Mt 8,17); “Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas” (Is 53,5//Hb 2,10; 2Co 5,21; Gal 3,13; Rm 4,25); “Él soportó el castigo que nos trae la paz y con sus cicatrices hemos sido curados” (Is 53,5//1Pe 2,24); “Y Yahvéh descargó sobre él la culpa de todos nosotros” (Is 53,6-2//2Co 5,21); “Y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado” (Is 53,7//Mt 26,63; 1Pe 2,23; Hch 8,32-33); “Él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes” (Is 53,12//Mc 15,28; Lc 22,37; 1Pe 2,24; Jn 1,29; Rm 4,25). La expiación es atribuida aquí a una persona, no a un rito. Esto constituye una verdadera novedad en el judaísmo.

Ahora bien, un Mesías doliente era un contrasentido y un escándalo para los judíos. Sólo en un estadio posterior de la comunidad cristiana se conseguiría armonizar la imagen del Mesías con la del Siervo de Yahvéh, y ver en el cántico de Isaías 53 un motivo de inspiración para descubrir el valor soteriológico de la pasión y muerte de Jesús.

La muerte de Jesús y la de cualquier crucificado de la época era algo ignominioso para él y para su familia. En algunos casos, ni reclamaban el cadáver. Sin embargo, de un hecho tan triste y negativo, Dios ha querido sacar provecho: la beneficiada ha sido la humanidad. La muerte de su Hijo inocente ha servido para perdonar sus pecados. “No hay mal que por bien no venga”, reza el adagio popular. “Feliz culpa que nos mereció tal Redentor”, proclama el solista del pregón pascual...

3.4. La muerte como testimonio de amor

En algunos textos neotestamentarios también se interpreta la muerte de Jesús como testimonio de amor. Ya Juan 3,16 presenta el envío de Jesús como testimonio del amor del Padre: “Porque tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único”. En la misma perspectiva se ubica la primera carta de san Juan: el amor de Dios por la humanidad se ha concretizado en el envío de su Hijo único (1Jn 4,9). El texto afirma: “En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él”.

“Me amó y se entregó a sí mismo por mí”, dice Pablo (Gal 2,20). En Romanos presenta la muerte de Jesús como testimonio de amor, a pesar de nuestros pecados: “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rom 5,8). San Juan coloca en labios de Jesús esta expresión: “Nadie tiene mayor amor, que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

El amor de Dios no sólo es un bello pensamiento sino una realidad concreta: Jesús, su Hijo. Esa es la prueba más fehaciente de que Dios nos ama. Es más: Jesús no sólo ha pedido a sus discípulos que se amen unos a otros, sino que él mismo ha dado testimonio de ese amor. El amor de Jesús va hasta las últimas consecuencias, hasta la entrega de la propia vida por aquellos que ama. Por tanto, la medida del amor cristiano es el amor oblativo del propio Jesús.

Solamente quien ama de verdad es capaz de arriesgar o entregar la vida por aquellos que ama. Una madre por sus hijos, un joven por su amigo o un pastor por sus fieles. El familiar que dona un riñón o se ofrece en reemplazo del secuestrado; el sacerdote Maximiliano Kolbe, que ocupó voluntariamente el lugar del sentenciado a morir en la cámara de gas. Ahora bien, la vida se puede entregar poco a poco, día a día o de una sola vez. Lo que cuenta es el móvil: el amor al prójimo.

4. Modelos de interpretación de la muerte de Jesús según la reflexión teológica⁵

La reflexión teológica católica también ha hecho su propia interpretación de la muerte de Jesús. En algunos casos se han tomados elementos presentes en el Antiguo Testamento o en el entorno socio-económico, político y cultural del tiempo de Jesús, para dar forma y contenido a estos modelos. Los principales son:

4.1. El modelo de la satisfacción vicaria o sustitutiva

En el Antiguo Testamento (Isaías 53) aparece totalmente desarrollada la idea de la función vicaria en la imagen del siervo sufriente, que carga con la culpa de muchos, convirtiéndolos así en justos (53,11). Y una resonancia de lo mismo encontramos en el cuarto evangelio cuando, en boca de Caifás, coloca las siguientes palabras: “Ustedes no entienden nada. ¿No ven que es mejor que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación?” (11,50).

Este esquema adquiere su forma definitiva en la Edad Media. El esquema está reforzado por la misma estructura social, profundamente estratificada, en la que sólo unos cuantos (rey o señor feudal) tenían derechos sobre la vida de otros (los súbditos o los esclavos).

Tres son los sujetos de relación que intervienen en este esquema: el ofensor, el ofendido y el satisfactor. Lo normal es que el ofensor sea el satisfactor. Pero en el esquema feudal de relaciones eso no es posible si se trata de un súbdito o de un esclavo respecto al señor feudal o del rey. Como no hay proporción de dignidad, ese tipo de deudas de honor no se

⁵ Cfr. Carlos BRAVO GALLARDO. *La búsqueda de sentido de la muerte de Jesús*, 3-32; Leonardo BOFF, “¿Cómo comprender la liberación de Jesucristo?”, en Id. *Teología del cautiverio y de la liberación*, 179-204.

pagan ni con la muerte del vasallo y de su familia. No hay lugar para consideraciones de amor o amistad; ni siquiera hay lugar para el perdón. Aun entre iguales, sólo la sangre limpia la ofensa (de ahí los famosos “duelos”).

Teniendo este telón de fondo, este modelo encontró en san Anselmo (s. XI) su formulación clásica en el libro *Cur Deus homo* (¿Por qué Dios se hizo hombre?). San Anselmo argumenta de la siguiente manera: Por el pecado el ser humano violó el recto orden de la creación; con ello ofendió a Dios, autor de este orden universal. La justicia divina exige que este orden sea sanado y reparado, lo cual requiere una satisfacción condigna. La ofensa es infinita por cuanto afectó a Dios, que es infinito. La satisfacción debe ser igualmente infinita. ¿Cómo puede el ser humano finito reparar infinitamente? Su situación es sin esperanza.

La antropología teológica que hay detrás de este modelo es totalmente negativa: el ser humano es capaz de hacer más mal que bien. Su ofensa se considera de *lesa majestad* y, por tanto, merecedora de la muerte y con la consiguiente infamia a la memoria del culpable.

San Anselmo agrega un elemento nuevo a este esquema, pero no supera la férrea lógica medieval. Ese elemento es el de un “satisfactor condigno” enviado por Dios mismo. Pero tiene que morir para borrar la “deuda de honor”. Eso implícitamente niega el valor salvífico de la vida toda de Jesús, de su encarnación, y sobre todo de su resurrección, en la que no hay ningún dolor que pueda satisfacer la ofensa. Después de la muerte ya no hay “méritos”. La resurrección es superflua desde el punto de vista salvífico.

Anselmo ve una salida absolutamente racional: el ser humano debe a Dios una satisfacción infinita; pero sólo Dios puede realizar una satisfacción infinita. Luego es necesario que Dios se haga hombre para reparar infinitamente. El hombre Dios realiza aquello que la humanidad debía realizar: la reparación.

Valoración. Es negativa la imagen que supone de Dios: un Dios ofendido que necesita satisfacción. El ser humano fue capaz de ofender a Dios, pero no es capaz de satisfacer el daño causado a Dios por su pecado. Todo sucede, entonces, entre el Hijo y el Padre. La consecuencia de todo esto, operativamente, es una despreocupación por la realidad afectada por el pecado. Si Jesús ya arregló las cuentas con Dios por la maldad del ser humano y por la ofensa al honor de Dios, la perdición del mundo es cuestión totalmente secundaria e irrelevante. Es positiva la intuición de la solidaridad humana. No es que nadie sustituya a nadie, sino que todos estamos implicados con todos. Hablando eclesiológicamente: todos formamos un cuerpo interdependiente del que Jesús es la cabeza.

4.2. El modelo del sacrificio expiatorio

Prescindiendo de las discusiones exegéticas e históricas respecto de si el sacrificio es una institución propia de los judíos o algo adquirido por su contacto con los otros pueblos, podemos afirmar que en conjunto la hebrea es una cultura sacrificial, como todas las culturas antiguas.

Uno de los aspectos sacrificiales que tuvo gran importancia en Israel, fue el expiatorio. Todo sacrificio de expiación tiene un doble efecto: primero, aplacar la cólera divina, al renunciar el oferente a un bien precioso, al humillarse delante de Dios y reparar la falta cometida; segundo, eliminar una impureza y un pecado, o volver al pecador del estado de pecado e impureza al de justificación e inocencia.

Los elementos que intervienen en la relación sacrificial son, por un lado, el ser humano o el pueblo, representado en la víctima; por otro lado, Dios, a quien se ha agraviado y cuya ira hay que calmar; y como mediador, el sacerdote que no comparte la situación de impureza del pueblo y es quien en nombre del pueblo ofrece la víctima.

Los profetas criticarán una concepción sacrificial que pretende “cambiar” la disposición de Dios hacia el ser humano mediante el ofrecimiento de animales o cosas, pero sin cambiar al ser humano y sus relaciones concretas interhumanas. También criticarán la concepción antropomórfica que imagina a Dios como necesitado de víctimas deleitándose en la grasa y el humo de los holocaustos.

Por sí mismo ningún sacrificio humano podía aplacar definitivamente la ira divina. La encarnación creó la posibilidad de un sacrificio perfecto e inmaculado que pudiera alcanzar la total complacencia de Dios. Jesús aceptó libremente ser sacrificado para representar a toda la humanidad delante de Dios y así conquistar el total perdón divino. La ira divina como que se derramó en la muerte violenta de Jesús en la cruz y con ello se aplacó. Jesús la soportó como expiación y castigo por el pecado del mundo.

Siguiendo la carta a los Hebreos, la tradición interpretó la muerte de Jesús como sacrificio expiatorio de nuestras iniquidades (9,15-28; 10,11-25). Los sacerdotes ofrecían sacrificios de animales por los pecados propios y del pueblo durante la celebración anual del perdón (*yom-kippur*: 10,1-3), pero cada persona lo podía hacer de manera individual. Estos sacrificios no cumplen su objetivo: no borran los pecados (10,4). Sin embargo, Jesucristo se ofreció una vez y para siempre. Él es el sacrificio perfecto porque no tenía pecado (7,27; 10,12-14). Por tanto, ya no es necesario ofrecer más sacrificios. Ahora bien, es un sacrificio vivido como testimonio de fidelidad, de obediencia a Dios y no como sumisión servil. La muerte de Jesús sólo es sacrificio en el mismo sentido en que lo había sido su vida: porque fue una pro-existencia, una vida entregada y gastada por los demás.

Valoración. Es negativa la imagen de Dios: es un Dios al que se le cambia el “humor” mediante la ofrenda de animales. Es negativa la idea no-cristiana sobre la manera de alcanzar la justificación mediante obras de culto y sacrificios. Para san Pablo, el verdadero sacrificio consiste no en la entrega de cosas ajenas o de tiempos rituales, sino

en la entrega de la propia existencia íntegra, de toda la persona (Rm 12,1-2). Este esquema ha dado también origen a una visión fatalista y doliente de la vida entre nosotros (“hay que sufrir porque Dios lo quiere”). Finalmente, el perdón sucede entre el Padre y el Hijo: el ser humano no participa en él. Esto lleva al individualismo y a la pasividad. De una interpretación así brota una visión descomprometida de la fe: si él murió por nosotros, no tenemos ya de qué preocuparnos. Como positivo rescatamos la convicción que tiene el pueblo de que la muerte alberga en su seno la vida. El grano necesita morir para ser fecundo. Hay que sacrificarse por los demás para que la vida se trascienda a sí misma (Jn 17,19).

4.3. El modelo de redención y de rescate

La noción de redención se encuadra en un contexto cultural doble: el hebreo y el greco-latino. Dentro de la cultura hebrea el *go'el* es la persona que rescata a otra de una situación negativa sea mediante un pago, mediante acción o incluso por la fuerza. Dios será el *go'el* de Israel al liberarlo de Egipto (Ex 6,6-8); un hombre será *go'el* si rescata bienes o esclavos que fueron propiedad de la familia (Lv 25) o si da hijos a la viuda de su hermano muerto sin descendencia (ley del levirato), o incluso si venga la muerte de un hombre asesinado, con la muerte del asesino (Nm 35,14-34).

En el contexto greco-latino, ni la esclavitud ni la redención tienen carácter colectivo (el pueblo de Israel), sino individual y utilitario. En las interpretaciones posteriores predominará el matiz fuertemente individualista e incluso de intercambio comercial.

La formulación de este esquema se remonta, dicen los expertos, a Orígenes. Este autor afirma: “Si hemos sido comprados por un precio, como afirma Pablo, sin duda hemos sido comprados a alguien que nos tenía como esclavos, a alguien que reclamó el precio que quiso para devolver la libertad a los que estaban sujetos a él. Pues bien, es el demonio el que nos sujetaba; habíamos sido vendidos a él por nuestros pecados; por tanto, él reclamó como rescate la sangre de Cristo”.⁶ Hablar de los “derechos del demonio” fue causa de controversia entre muchos pensadores cristianos y algunos de ellos –Gregorio Nacianceno, por ejemplo– lo consideró una injuria contra Dios.

La representación del cautiverio y del rescate quiere hacer resaltar la gravedad de la perdición humana. No éramos dueños de nosotros mismos, éramos poseídos por algo que no nos dejaba ser auténticamente nosotros mismos.

Este modelo ha dado origen en la historia de la Iglesia católica a grandes obras e instituciones para el rescate de esclavos (como la Orden de los Mercedarios, por ejemplo). También está contenido en la primera parte de la leyenda sobre el origen del Señor de los milagros, de Buga-Valle (Colombia). El asunto se remonta al siglo XVI. Cuentan que una

⁶ *Comment. In Rom*, 2, 13. La primera carta de san Pedro dice: “Ya saben con qué los rescataron: no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el cordero sin defecto ni mancha” (1Pe 1,18-19).

indígena de la región, cristiana por más señas, se hizo el propósito de conseguirse un crucifijo. La única manera posible en la época era encargarlo por medio de alguna autoridad eclesiástica a Quito. Averiguó el precio de la imagen y le dijeron que equivalía a setenta monedas de plata de la época. Esta buena mujer se ganaba la vida como lavandera y aprovechaba las aguas del río Guadalajara para realizar su trabajo.

Después de mucho ahorrar, reunió la cantidad requerida y se disponía a hacer el encargo. Sin embargo, por el mismo tiempo vio a un hombre que lo llevaban detenido a la cárcel. Al preguntar por la causa, se enteró que debía setenta monedas de plata a un hombre usurero del pueblo. Al no poder pagarlas, sólo le quedó la alternativa de la cárcel. La indígena lavandera se compadeció de la suerte de aquel hombre, posiblemente padre de familia, y decidió donar su dinero para que lo dejaran en libertad. La imagen del Señor Jesús crucificado podía esperar, mas no así la libertad de este hombre.

Valoración. Anotamos como negativo el hecho de que el ser humano sea mero objeto, no sujeto de redención. Es un mero espectador de un drama supra-histórico entre Jesús y Dios, o entre Jesús y el diablo. Este esquema le da gran importancia al diablo como señor del mundo. Finalmente, es fácil llegar a una actitud de pasividad frente a la redención, descargando toda responsabilidad en Jesús y su acción redentora. El ya ha hecho toda la tarea; a nosotros no nos queda más que dejarnos redimir. Como positivo: la gente ha entendido que hay que pagar un precio por la libertad. Para que haya mejores condiciones de vida para el pueblo, para que siga adelante el proyecto de Dios, hay que estar dispuesto a pagar incluso el precio de la vida misma. Porque sólo por la vida sigue la vida adelante. Se trata de una libertad reconquistada; es decir, de una libertad contra la opresión, contra el mundo y su proyecto de dominación.

A manera de síntesis, digamos lo siguiente: todos los modelos de interpretación de la muerte de Jesús, provenientes de la teología, proceden de la siguiente manera:

*El pecado de Adán y Eva (pecado original):

- a. Ofendió la dignidad de Dios.
- b. Enojó a Dios.
- c. Convirtió al ser humano en esclavo del pecado/diablo.

Por tanto, la muerte de Jesús es necesaria para:

- a. Reparar la dignidad ofendida de Dios (satisfactor condigno).
- b. Aplacar la ira divina (víctima inocente).
- c. Pagar la fianza/precio exigida por Dios/diablo (vida/sangre).

En consecuencia:

- a. La dignidad de Dios fue reparada.
- b. Dios recobró la tranquilidad o la paz perdida.
- c. El ser humano quedó libre.

5. La cruz y la muerte hoy⁷

No es fácil predicar sobre la cruz y la muerte hoy. Primero, porque mucha gente identifica la cruz con todo lo negativo que les sucede personalmente o con lo malo que acontece en el mundo. Allí incluyen, incluso, las cruces que otros han colocado sobre sus hombros (la violencia, la miseria, la injusticia, la corrupción, etc.) y, segundo, porque mucha gente ve la muerte como una amenaza, como agresión, como contraria a lo natural. Cuando se trata de sus seres queridos, siempre hay resistencia y hasta reclamos a Dios (¿Por qué te lo/a llevaste?).

Por tanto, es conveniente preguntarnos: ¿Cómo anunciar la cruz y la muerte hoy? Hay que ser muy cuidadosos en el uso del lenguaje para no implicar a Dios y su voluntad en situaciones que lo niegan, lo contradicen o lo encubren. Presentamos aquí algunas sugerencias al respecto.

- *La cruz y la muerte como componentes de la condición humana.* Ontológicamente hablando, la vida es mortal. No sucede al final de la vida; se instala en el corazón mismo de ella. Morimos continuamente, es decir, nos vamos desgastando, consumiendo energías vitales, agotando el tiempo hasta el momento de morir. Morimos, no porque alguien nos quite la vida sino porque la misma vida hospeda la muerte en su estructura.

⁷ Cfr. Leonardo BOFF. *Desde el lugar del pobre*, 115-134.

Predicar la cruz en esta concepción significa predicar la asunción de nuestra propia existencia mortal, sin amargura, con soberanía y “amor fati”. Implica la renuncia a todo lo que pretenda ser absoluto en el tiempo, fuera de Dios. Es entender que el mundo presente es provisorio. No es la morada definitiva. Somos peregrinos que marchamos hacia la eternidad.

La muerte no puede ser un fracaso biológico o un drama personal, sino apertura a nuevas posibilidades de existencia. Como decían los antiguos: el ser humano nace dos veces, pero nunca muere. Cuando nace, se despide (muere) al seno materno, pero entra en un mundo mayor donde recibe otros compañeros de viaje (padres, hermanos, parientes, amigos). Al morir, se despide de esta inmensa placenta cósmica y nace para la eternidad.

- *La cruz y la muerte como consecuencia del pecado del mundo.* La presencia del pecado como fuerza histórica destructora, se manifiesta por las mil cruces que unos seres humanos prepararon a otros. Hay millones de crucificados y, prácticamente, cada uno pende de alguna cruz. Existe una cruz dolorosa y persistente que pesa sobre las culturas dominadas de los afroamericanos y de los indígenas de nuestro continente.

Millones de personas de las clases populares continúan siendo crucificadas con salarios de hambre, en condiciones laborales deplorables o de alto riesgo y en situaciones higiénicas que les acortan la vida. Otras sufren bajo la cruz de la discriminación por el hecho de ser mujeres, enfermos, ancianos, pobres, homosexuales, socialistas, etc.

- *La muerte como consecuencia de la lucha contra la injusticia.* Nunca han faltado los profetas que anuncian buenas noticias al pueblo de Dios, pero que también denuncian todo lo que se opone al querer de Dios. La injusticia, la inequidad, es algo que el profeta tiene que denunciar como contrario a la voluntad del Creador.

La construcción de un mundo mejor (más justo, más humano, más fraterno, más libre) no se puede hacer “impunemente” (así como así). Existen los que no quieren ningún cambio, los que serán insensibles a los llamamientos de la justicia de los pobres; los que usarán la violencia contra los constructores de nuevas relaciones socio-históricas. Son los privilegiados de un sistema injusto, que no quieren renunciar a las prebendas que su ubicación socio-económica les otorga. No es fácil que quien tiene en mano los cuatro ases acepte que se vuelva a barajar. El Reino se abre camino luchando contra el anti-Reino.

- *La muerte como solidaridad con los crucificados de la historia.* No estamos perseguidos ni amenazados de muerte; sin embargo, unimos nuestra vida y damos cabida a los perseguidos y amenazados de muerte. Hay muchos cristianos y también personas sin ningún credo religioso que asumen cruces, toda suerte de

sacrificios y limitaciones por solidarizarse con los más pobres y necesitados. Son los que se desplazan y viven en ambientes lejanos o inhóspitos: en la selva, con la posibilidad de adquirir enfermedades tropicales o ataques de animales salvajes, ponzoñosos o venenosos; en cinturones de miseria, pasando hambre o incomodidades de todo tipo; en leprosorios, etc. Son personas que, por solidaridad con los condenados de la tierra, acortan su vida y mueren antes de tiempo. La opción preferencial por los pobres se inscribe en este cuadro.

CONCLUSIÓN

La muerte de Jesús es la muerte de un crucificado, con todos los visos humanos de ser un fracasado. Como afirma E. Schillebeeckx, “A fin de cuentas, Jesús no murió en cama, sino en la cruz”.⁸ Por eso sus seguidores se ven obligados a buscar el sentido de ese desenlace dramático del maestro. Y en este empeño no pueden por menos que mirar hacia atrás, hacia la vida terrena de Jesús, para ver si esa muerte en la cruz tiene algo que ver con la vida terrena de Jesús, o incluso para ver si ella misma explica el sentido de la vida de Jesús. La ruptura o discontinuidad entre el Jesús terreno y el Cristo glorioso no está sólo en la muerte, sino también en el rechazo a su persona y a su mensaje. Quizá este rechazo fue el motivo que indujo a Jesús a subir a Jerusalén.

El final de la vida de Jesús fue demasiado escandaloso e infamante. No era fácil integrarlo en los esquemas teológicos judíos y menos aún en los esquemas culturales griegos. Para los judíos es inconcebible un Dios crucificado. Los griegos rehúyen la cruz porque no la ven compatible con la perfección, inmutabilidad y la apatía de Dios. El Crucificado es “escándalo para los judíos y necedad para los gentiles” (1Co 1,23). Por eso, a la comunidad cristiana primitiva se le hace difícil desde el principio mantener lo específico del cristianismo, tan asociado al escándalo de la cruz. Por ese motivo comienza pronto un proceso de explicación, que en muchos casos resulta ser un proceso de dulcificación: en vez de considerar la cruz en relación con Dios, lo cual constituye un verdadero escándalo, se considera la parte positiva de la cruz, es decir, su dimensión salvífica, los beneficios que nos proporciona.⁹

La muerte de Jesús puede considerarse a partir de la vida de Jesús o a partir de la relación de Dios con esa muerte. Para recuperar todo el valor teológico y soteriológico de la cruz de Jesús es preciso poner su pasión y muerte en esencial relación con su vida. Son la consecuencia lógica de su vida, debido al enfrentamiento irreconciliable entre dos lógicas: la lógica del amor y la verdad que conduce la vida de Jesús y la lógica del odio y la mentira que conduce la vida de sus adversarios. Jesús muere rechazado –“fuera de los muros de la ciudad” (Jn 19,20; Hb 13,12)– condenado, desautorizado, crucificado, como un malhechor. Todo ello no es un accidente fatal, un simple error de cálculo, un desenlace sorpresivo e imprevisto. Es el final consecuente y coherente de la vida de Jesús.

⁸ Jesús. *La historia de un viviente*, 269.

⁹ Cfr. Felicísimo MARTÍNEZ DÍEZ. *Creer en Jesucristo. Vivir en cristiano*, 366; 368.

Ver toda la historia, incluso la historia infamante de la pasión y muerte de Jesús, bajo la óptima de la providencia benevolente de un Dios Padre es el primer ejercicio de la fe cristiana. Por eso se multiplicaron los esfuerzos para interpretar esa pasión y esa muerte desde las profecías del Antiguo Testamento, poniendo ya muchas de esas interpretaciones en boca del mismo Jesús terreno.

Ubicar la muerte de Jesús como haciendo parte de un plan salvífico de Dios. Afirmar, por ejemplo, que “el plan salvífico de Dios no significa que Dios haya decidido de forma arbitraria que la salvación debería tener lugar mediante la muerte de Cristo. Significa más bien que Dios ha asumido, en la encarnación, la condición y la historia humana como lugar de salvación”,¹⁰ nos parece insuficiente. Una interpretación así no está exenta de un cierto determinismo histórico y todos los textos que hablan de la libertad soberana de Jesús frente a la muerte (“nadie me quita la vida; yo la doy libremente”: Jn 10,18) quedan diluidos. Además, somete a crisis la imagen misma de Dios: un Dios tan creativo y tan recursivo como el de la revelación, ¿no encontró otra forma de salvar al ser humano que la muerte de su Hijo en cruz? Lo pudo haber hecho con una palabra de perdón suya y la historia humana se habría ahorrado un episodio de tanto dolor e ignominia.

De igual suerte de críticas son susceptibles las demás interpretaciones de la muerte de Jesús, incluidas las procedentes de la reflexión teológica. Se alaba el esfuerzo que han hecho los cristianos de todas las épocas por interpretar de la mejor manera un hecho que desborda nuestra comprensión humana. Cada una de estas interpretaciones tiene elementos que nos acercan a la comprensión de un hecho tan particular en la historia humana. Nosotros debemos recuperar en cada momento, contexto y circunstancia, aquellos elementos que nos parezcan más convenientes en nuestra práctica pastoral. Que el Espíritu Santo nos conceda la sabiduría suficiente para saber lo que debemos decir y hacer en cada momento concreto de nuestra vida.

CITAS A PIÉ DE PÁGINA

BIBLIOGRAFÍA

Schillebeeckx, Edward. *Jesús, la historia de un viviente*. Madrid: Trotta, 2002.

¹⁰ Jon SOBRINO. *Cristología desde América Latina*. CRT: México, 1976, 150.

Bravo Gallardo, Carlos. *La búsqueda de sentido de la muerte de Jesús*. Bogotá: Cinep, 1988.

_____. *Jesús, el hombre en conflicto. El relato de Marcos en América Latina*. Santander: Sal Terrae, 1986.

Boff, Leonardo. *Desde el lugar del pobre*. Bogotá: Paulinas, 1986.

_____. *Teología del cautiverio y de la liberación*. Madrid: Paulinas, 1978.

Brown, Raymond. *La muerte del Mesías. Desde Getsemaní hasta el sepulcro*, 2 Vols. Estella: Verbo Divino, 2205-2006.

Schürmann, Heinz. *El destino de Jesús: su vida y su muerte*. Salamanca: Sígueme, 2003.

Vermes, Geza. *La pasión. La verdad sobre el acontecimiento que cambió la historia de la humanidad*. Barcelona: Crítica, 2007.

Bovon, François. *Los últimos días de Jesús. Textos y acontecimientos*. Santander: Sal Terrae, 2007.